

Mauricio Beuchot (2015), *Teoría semiótica*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Cuadernos del Seminario de Hermenéutica, 16).

Es poco común encontrar, dentro del catálogo de publicaciones nacionales, libros que traten temas de semiótica, y es aún más inusual que dichos textos contengan propuestas teóricas. Esta obra del doctor Mauricio Beuchot constituye una notable excepción digna de ser tomada en cuenta. El libro, como se advierte, es una reedición, corregida y aumentada de un texto publicado anteriormente, cuyo título era menos sugerente: *Temas de semiótica*. Las modificaciones, señala el autor, se hicieron mayormente al primero y al último capítulos. El primero presenta una síntesis histórica de la semiótica, mientras el último consiste en una de las partes fuertes de la propuesta beuchotiana, que, en concordancia con su pensamiento, pugna por una semiótica analógico-icónica. Pero examinemos la obra más de cerca.

Inicia con un recorrido histórico de la disciplina que resulta muy ilustrativo. La revisión da comienzo con el pensamiento helenístico, específicamente con los estoicos, de los que Beuchot afirma, siguiendo la *Stoic Logic* de Mates, que fueron los primeros en emprender el estudio del signo en general. Esta afirmación resulta interesante, pues es opuesta a otra postura difundida entre los semiotistas, que ubican el primer estudio del signo en tanto género, hasta una época posterior, con san Agustín. De esta opinión son, por ejemplo, Umberto Eco (1990) o John Deely (2009). Después de exponer en sus puntos principales el pensamiento estoico, nuestro autor presenta la semiótica medieval, luego se ocupa de la semiótica moderna, y por

último, examina la semiótica contemporánea. Así, el recorrido de Beuchot comienza con Zenón de Citio, y se extiende hasta Umberto Eco, pasando por san Agustín, Peirce, Saussure y Barthes.

Como se puede apreciar, este primer capítulo es, aunque sintético, muy completo. Es de hacer notar, sin embargo, que la sinopsis histórica que el autor presenta, deja de lado ciertas corrientes o autores importantes, y tampoco se presentan las últimas líneas de investigación semiótica. Sin embargo, estas carencias se entienden, pues el libro no pretende ser un manual de historia de la semiótica y, en última instancia, se compensan con la visión profunda del autor, al reclamar la herencia escolástica que tanto provecho puede brindar a nuestra disciplina.

El segundo capítulo constituye uno de los más interesantes a nuestro parecer. En él, Beuchot presenta su propia tipología sémica y el andamiaje de su propuesta semiótica. Para nuestro autor, lo principal en la semiótica es el acontecimiento sémico. Bien podría decirse que sigue a Peirce, definiendo la semiótica como “el estudio de los tipos posibles de semiosis”. Enseguida, se trata al signo y su tipología. Beuchot presenta al signo bajo la fórmula clásica *aliquid stat pro aliquo*, y distingue en él tres elementos principales, a saber: un *objeto*, lo que el signo representa; un *interpretante*, “aquello con lo que el intérprete descifra el signo”; y un *fundamento*, lo que une al signo con su significado. La noción de *interpretante*, que a primera vista parecería suponer lo que en otras tradiciones se ha llamado *código*, es precisada aquí por Beuchot para que corresponda al concepto peirceano, el *interpretante*, pues puede ser una acción o un hábito, detonado por el signo en el intérprete. Llama la atención, sin embargo, que uno de los elementos sea el *fundamento*. Esto reafirma la posición de Beuchot como heredera de la tradición escolástica y peirceana, pues considerar al *fundamento* como uno de los principales elementos sémicos, necesariamente supone considerar a éste como una *relación*, algo sobre lo que volverá más adelante, al considerar la *ontología* del signo —una consideración esencial para cualquier teoría semiótica, e incluso para cualquier estudioso que se ocupe de la semiótica—. Por otro lado, el examen de los dos modos del significar, denotación y connotación, llevan a Beuchot a

desentenderse del platonismo de Frege, y del incipiente platonismo de la corriente estructural saussureana. Éste es un gran acierto de Beuchot, y lo sitúa cerca de un *realismo semiótico* como el que ha sido defendido por la escuela de Sebeok y Deely principalmente. El capítulo continúa con una tipología sémica, en la que el autor hace gala nuevamente de la sapiencia y perspicacia que lo caracterizan. La tipología propuesta por Beuchot abreva de la filosofía escolástica, e incluso conserva como categoría al signo *consuetudinario*, que oscila entre lo natural y lo convencional, y aspira a concebir la cultura como una especie de “*segunda naturaleza*”, resaltando lo que hay de significativo en el comportamiento modelado culturalmente. Creemos que éste es otro gran acierto, pues, en términos aplicativos, puede arrojar luz al análisis del fenómeno ideológico, o al estudio de la *significación* como era formulada por Barthes en sus *Elementos de semiología* o en *Mitologías* (Barthes 2009 y 1980).

Por otro lado, Beuchot propugna por una integración de la escuela propiamente semiótica, representada por el enfoque logicista peirceano y la escuela continental, de corte más hermenéutico. Esto se hace patente en el tratamiento que el autor hace de la noción de *símbolo*, pues aunque incluye la acepción “comunicacional”, en la que éste es el signo más arbitrario, trata de incorporar la visión de Ricoeur, por ejemplo, en la que el símbolo posee, ante todo, un “excedente de sentido”. Nuestro autor propone así empatar el *símbolo* continental con el *ícono* peirceano, y señala la importancia que tienen para esta homologación, las categorías *hipoicónicas* de imagen, diagrama y metáfora. El resto del capítulo está consagrado a ver las demás dimensiones del signo. Se comienza por una *ontología* del signo, que insiste en que el signo es ante todo una *relación*, que media entre el intelecto, o las facultades cognoscitivas, y el objeto al que el signo significa, es decir, que se considera la realidad externa al proceso semiótico como término de la relación sémica. Además de las consideraciones ontológicas, Beuchot aborda las dimensiones psicológicas y sociológicas del signo, y las trata en profundidad en los capítulos subsecuentes.

Los tres capítulos que siguen se abocan a las tres ramas principales de la semiótica: la sintaxis, la semántica y la pragmática. El tercer

capítulo del libro se enfoca en la sintaxis, entendida principalmente como un mecanismo de implicación. Trata las relaciones de coherencia entre los signos desde una óptica funcional (léxico-gramatical), siguiendo a Morris. Enseguida se tratan los argumentos con Peirce como punto de partida, pues se considera la deducción, la inducción y la abducción. En ciertos puntos se deja ver, sin embargo, que la posición de Beuchot es muy cercana a la de la filosofía del lenguaje, o incluso a la propia lingüística; es ilustrativo de esto el hecho mismo de contemplar procesos inferenciales en su apartado sintáctico.

El capítulo cuarto se refiere a la semántica que, según nuestro autor, determina las relaciones de correspondencia entre los signos y sus objetos. Es uno de los apartados más estimulantes de la obra, pues encontramos la discusión que Beuchot sostiene contra Putnam, y en general contra una parte de la filosofía analítica, en la que los conceptos no se contemplan como parte del significado de los signos, es decir: la relación entre signo y objeto se establece de manera directa, sin mediar entre ellos ninguna entidad como el concepto. La postura de Beuchot es contraria a esta opinión, él aboga por el concepto como constitutivo de la relación entre signo y mundo, lo cual es consecuente con la posición realista que él mismo sostiene. Bajo la óptica de esta discusión, se analiza el problema de la intensión y la extensión de un signo, sobre todo en tanto se vincula con la distinción fregeana entre sentido y referencia. El problema, *grosso modo*, consiste en determinar qué pasa cuando existe un traslape entre estas dos instancias, y bajo una misma expresión se pueden reunir sentidos distintos que lleven a referencias distintas. Beuchot, finalmente, aboga por una lectura analógica de los posibles “términos equívocos”, y prepara el camino para las consideraciones pragmático-analógicas que desarrollará en el capítulo siguiente.

El quinto capítulo del libro versa sobre la pragmática, que estudia las relaciones de uso, es decir, las relaciones entre los signos y sus usuarios. En el tratamiento de esta rama, el autor se limita a examinar el discurso *analógico*, pero señala, al mismo tiempo, que la analogía como instrumento de análisis puede beneficiar mucho a la pragmática. Aquí se presentan los modos de significar unívoco, equívoco y analógico, y se rastrea el desarrollo de la noción de analogía desde

los pitagóricos, pasando luego a Aristóteles y a Aquino. De la misma manera, se ofrece el estudio de la pragmática en sus etapas sintacticista, que se decanta a favor de la formalización; semanticista, en la que se privilegia la relación entre los significados y los objetos del signo; y por último una propiamente pragmatista, en la que se explora el significado en relación con la intención de los hablantes.

La última parte del texto es la que más ampliamente muestra la línea de pensamiento que Beuchot ha cultivado por lo menos durante las últimas dos décadas, pues se subraya la importancia que la analogía tiene para la semiótica, apoyándose sobre todo en su uso como instrumento de análisis pragmático. Así, el penúltimo capítulo del libro consiste en un análisis de la metáfora que parte de los postulados expuestos a lo largo del texto, y que es vertebrado por la noción de analogía. La tesis de Beuchot consiste en que en el significado metafórico se puede recuperar el sentido y la referencia de una expresión, vía la analogía. El problema radica en que el discurso metafórico realiza una doble codificación de las expresiones sónicas, por lo que a lo que el intérprete se enfrenta es a un doble sentido que lleva a una doble referencia, así la proporcionalidad analógica se presenta como un componente fundamental en los procesos semióticos a los que da lugar la poesía en particular, pero, es importante destacar, esto podría ser aplicable a toda semiosis artística, lo cual resulta por lo más sugerente.

El libro cierra proponiendo una semiótica icónico-analógica, vertebrada por las enseñanzas de Peirce y la filosofía latina, pero revestida con la analogía como instrumento analítico. Tres aspectos, sobre todo, resultan muy destacables de la teoría que Beuchot nos ofrece. En primer lugar, el tratamiento de la categoría de *símbolo*, que es integrada en una nueva, la de *ícono-símbolo*, y establece un puente entre la aproximación semiótica logicista y la interpretativa (o continental). En segundo lugar, nuestro autor acierta en concebir la semiótica como una antropología filosófica. Además, la incorporación de la analogía proporciona una dimensión ética a la semiótica, pues el hombre se presenta como distendido entre un polo natural y uno cultural, pero siempre buscando el equilibrio entre ambos. Esto último está en concordancia con los trabajos sobre *semioética* que

han emprendido algunos autores, y que versan sobre la responsabilidad que conlleva la capacidad semiótica distintiva del ser humano. Por último, otro de los méritos de la teoría beuchotiana consiste en atender a la ontología, y no descuidarla aun en su sentido de metafísica. Esto se logra, sobre todo, reduciendo la distancia entre la epistemología y la ontología, o al menos comprendiendo la relación que estas dos dimensiones guardan entre sí. En efecto, Beuchot se muestra como representante de la corriente *post*-moderna que semiotistas como John Deely quisieran hacer corresponder con la semiótica. Al recuperar la herencia escolástica, Beuchot continúa el camino hacia la comprensión de la realidad por medio de uno de los instrumentos más valiosos que el hombre posee: el signo —y no las ideas solamente, como quisieran los filósofos modernos.

Vemos, entonces, que este nuevo libro de Mauricio Beuchot brinda una herramienta de suma utilidad para el quehacer de la semiótica, pero también para la filosofía, y aun, en suma, para todos aquellos interesados en la problemática que encierra el estudio de la significación, y cómo ésta supone el problema del conocimiento. Es menester, pues, poner a prueba la teoría semiótica que Beuchot presenta ante nosotros, como se ha hecho ya, tan vastamente, con su propuesta hermenéutica.

Referencias

- BARTHES, Roland (1980). *Mitologías*. México, Siglo XXI.
— (2009). “Elementos de semiología”, en *La aventura semiológica*. Barcelona, Paidós: 23-112
- DEELY, John (2009). *Purely objective reality*. Berlin-New York, Mouton de Gruyter.
- ECO, Umberto (1990). *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Barcelona, Lumen.

ISRAEL CHÁVEZ BARRETO